

*Ricardo Corazón de León.  
Historia y leyenda*

Introducción y selección de textos de  
Michèle Brossard-Dandré y Gisèle Besson

Traducción del francés de  
Javier Martín Lalanda

Biblioteca Medieval XXVIII Ediciones Siruela

# Índice

## Introducción

Michèle Brossard-Dandré y Gisèle Besson 11

Nota sobre la traducción 21

## *Ricardo Corazón de León. Historia y leyenda*

### Libro I. El héroe

1. Leyendas de familia y profecías 29
2. Bajo el reinado de Enrique II 35
3. Ricardo, rey de Inglaterra 50
  - La coronación 54
4. En marcha hacia la cruzada 58
  - Lamento del viaje a Jerusalén 70
5. En Sicilia 74
  - Largueza de Ricardo y fiesta en  
«Matagrifones» 83
6. Chipre 85
  - El combate de Limassol 93
  - Peripecias, fuga del emperador y captura  
de Nicosia 96

7. El <i>dromond</i>	98
8. Acre	104
Ricardo sin Felipe Augusto	118
9. La partida de Felipe Augusto	121
10. Conrado de Montferrat	132
El Viejo de la Montaña y la Orden de los Asesinos	134
11. La cruzada toca a su fin	143
Acciones guerreras y disensiones	144
El testimonio de Ricardo: dos cartas de su puño y letra	146
12. Jaffa	157
13. La tregua	167
14. El regreso	177
Blondel de Nesle	197
15. La muerte del rey Ricardo	201
Lamento por la muerte del rey Ricardo	207
Otro poema sobre sus gloriosas hazañas	210

## **Libro II. El recuerdo**

1. Floresta de varia semblanza	213
2. Protagonistas, compañeros, comparsas	238
El entorno de Ricardo Corazón de León	239
Felipe Augusto	254
Leopoldo de Austria	257
Aelis, la prometida misteriosa	259
3. El reino	268
<i>Realia</i>	269
Imágenes del reino	271

<b>Conclusión</b>	287
<b>Notas</b>	291
<b>Cronología de la vida de Ricardo Corazón de León</b>	313
<b>Apéndices</b>	
I. Situación geopolítica de 1189 a 1199	319
1. El imperio Plantagenet en 1180 ( <i>mapa</i> )	331
2. Itinerario de la tercera cruzada (1189-1197) ( <i>mapa</i> )	332
3. El reino latino de Jerusalén antes de la tercera cruzada ( <i>mapa</i> )	333
4. La Francia de Felipe Augusto ( <i>mapa</i> )	334
II. Fuentes: los cronistas	335
1. Bibliografía	335
2. Vidas de los cronistas	336
3. Índice, por capítulos, de los cronistas citados	345
III. <i>Dramatis personae</i>	348
1. Reyes de Inglaterra ( <i>árbol genealógico</i> )	359
2. Reyes de Francia ( <i>árbol genealógico</i> )	360
3. La familia de Leonor ( <i>árbol genealógico</i> )	361

## Introducción

Michèle Brossard-Dandré y Gisèle Besson

Ricardo Corazón de León, nombre legendario y vida que se cuenta como una leyenda. Al igual que los héroes de los cuentos de hadas, al nacer se encontrará ya con dos hermanos. Los cronistas, para quienes los reyes no suelen tener infancia, sólo mencionarían la fecha de su nacimiento, dándole, por lo demás, idéntico tratamiento al otorgado al resto de sus hermanos. Hasta 1173, Ricardo no será más que uno de los muchos peones que se mueven en el tablero de la política que mantiene su padre, Enrique II. Lo primero que nos va a permitir observar en él cierto atisbo de independencia tendrá lugar, como antes se apuntara, en 1173, y es el papel que desempeña en la revuelta orquestada contra su padre; hasta entonces, nada ni nadie parecía augurar que fuera a convertirse en rey de Inglaterra. Su hermano mayor, Guillermo, había muerto cuando aún era niño, por lo que entraba en los proyectos de Enrique II el dar a su segundo hijo, Enrique el Joven, la Corona de Inglaterra, el ducado de Normandía y el condado de Anjou; a Ricardo le tocaría la herencia de su madre, Aquitania y el Poitou; a Geoffrey, la Bretaña; y al que más tarde recibiría el nombre de Juan Sin Tierra, el condado de Mortain.

Pero el destino decidió las cosas de otro modo. Enrique, el «Joven Rey», moriría en 1183 sin dejar sucesión. A su vez, Enrique II moriría en 1189, sin haber conseguido imponer sus nuevos puntos de vista respecto a quién debía sucederle. La prioridad de nacimiento y la voluntad de su madre, Leonor, convertirían a Ricardo en rey de Inglaterra, a pesar de que para los ingleses no fuera, en la práctica, más que un desconocido.

Ésta es la impresión que da la lectura de los diferentes cronistas ingleses; hasta poco antes de cumplir los treinta años, no es más que uno de los comparsas de la historia de Inglaterra, y sólo se detecta ocasionalmente su presencia en las grandes reuniones que la familia celebra anualmente; sus querellas con su padre y sus guerras destacan en el entramado que viene a ser el reinado de Enrique II, rey de Inglaterra; Roger de Hoveden y Benito de Peterborough despachan con nueve palabras el voto de cruzado que Ricardo hará en 1187. Ricardo de Devizes representa un caso extremo, al comenzar la narración de los hechos en el momento de su coronación, aunque, por otra parte, le ponga fin al término de la expedición a Tierra Santa.

Convertido a la muerte de Enrique II en rey de Inglaterra, duque de Normandía y conde de Anjou y de Mans, por no mencionar de Aquitania y de Poitou, Ricardo, durante los diez años que durará su reinado, merecerá un lugar de excepción en las crónicas inglesas. Todo este período se halla ocupado por la expedición a Palestina y por las luchas que debe sostener para mantener su hegemonía, amenazada, por una parte, por el rey de Francia y, por otra, por los barones ingleses, con su hermano Juan a la cabeza; por no hablar de las reivindicaciones de independencia que esgrime la Iglesia.

Pero a lo largo de su existencia no escasearán los momentos azarosos: las proezas en Chipre y Sicilia; la cruzada, Acre, Arsuf y Jaffa, las derrotas infligidas a Saladino, hasta entonces invicto; el rapto y la cautividad, el enorme rescate; la absurda muerte a las puertas de Chaluz. Y, como si no bastase con el curso normal de los acontecimientos, el propio Ricardo o los que le rodean exhibirán en ocasiones una brillante puesta en escena: la coronación, preparada por Leonor, que sería la primera en ser recogida por escrito, de manera muy detallada, hasta el punto de que buena parte de su ceremonial aún es observado por la familia real inglesa; los espectaculares arrepentimientos a los que suele entregarse el rey y, por último, y de una manera más general, las innumerables aventuras, consecuencia del desenfrenado arrojo que tan familiar era en él.

Pero hay otra forma de leer los textos que nos hablan de Ricardo Corazón de León y, consecuentemente, de pensar en él como en el héroe de un drama: en la pareja tan conflictiva que constituyen Leonor y Enrique II, los hijos se encuentran en uno u otro «campo». Enrique el Joven, el preferido del rey, vive a su lado y es su heredero; Ricardo, a quien están reservadas las posesiones de su madre, vive lejos, en Poitiers, como si sólo fuera hijo de Leonor y no de Enrique II, que no le ama y con quien se encuentra muy de tarde en tarde. Y, por si eso fuera poco, el monarca, después de la muerte del primogénito, Enrique el Joven, hace todo lo posible para privarle del reino de Inglaterra en beneficio de Juan, el hermano menor.

El drama de esta familia también permite una lectura al estilo clásico: la rebelión de los hijos contra el padre –sobre todo la de Ricardo, particularmente virulenta– es interpretada, por muchas razones, como un castigo sufrido –y merecido– por Enrique II a causa de sus pecados; como la realización de una profecía predicha por el mago Merlín –y, por tanto, la plasmación de una antigua maldición–; y, finalmente, como la manifestación de un latente y maléfico atavismo. Por todo ello, Devizes nos invita a ver en estos comportamientos *contra natura* una reanudación de los dramas que se tejieron alrededor de Edipo y de sus hijos; Giraud de Barri también se verá inclinado a seguir su camino. Otros intentarán ocultar, con mayor o menor acierto, una situación igual de escandalosa; la observación más curiosa se encuentra en Devizes, incondicional admirador de su rey: un largo discurso del hermano de Saladino, que ha acudido a visitar a Ricardo en el transcurso de su enfermedad, contiene un entusiasta elogio al monarca, modelo de todas las virtudes y, entre ellas, ¡la piedad filial!

Al efectuar esta selección de textos, no hemos querido favorecer tal o cual interpretación, sino, simplemente, tomar en consideración al héroe en el momento de su nacimiento; así pues, nos hemos preocupado de los relatos de sus contemporáneos y, particularmente, de los encargados de hablar de Ricardo, por ser su rey, o sea de los cronistas ingleses. Ricardo es el personaje central de sus crónicas, cualquiera que sea el punto de vista

que adopten respecto a él, ya que su narración de los hechos se desarrollará teniendo al monarca como tema central. Nosotros hemos añadido a éstos otro súbdito del rey de Inglaterra, normando en esta ocasión, que escribe en francés, el cronista Ambrosio, más poeta que escritor de anales, a pesar del título de cronista que le dieran, que es con el que ha llegado hasta nosotros. Con esta perspectiva, hemos dejado a un lado las variantes novelescas que irían surgiendo en el transcurso de los siglos venideros, con una excepción: la tan conocida anécdota de la búsqueda de Blondel de Nesle, que tomamos del trovador de Reims.

Como al final del volumen damos una breve noticia de cada uno de estos cronistas, ahora sólo evocaremos los sucesos de índole general que tuvieron repercusión directa en lo que escribirían.

Todos nuestros cronistas son clérigos, lo que no debe sorprendernos, como tampoco el hecho de encontrar que buena parte de sus escritos se refieran a las relaciones que Ricardo mantenía con la Iglesia, o que pongan especial énfasis en la contribución de esta última a los gastos de la cruzada y a su rescate, o que demuestren particular sensibilidad a los sacrificios aceptados con resignación por las parroquias, lo que sería causa de su empobrecimiento. Por eso mismo, la explicación que dan de las pruebas por las que habrían de pasar Enrique II o Ricardo, como castigos divinos a causa de sus pecados —la muerte de Tomás Becket, en el caso de Enrique II; la rebelión contra el padre, en el de Ricardo—, no nos parece fuera de lugar.

Es indudable que debemos atribuir tanto a su condición de clérigos como al propio género literario, el de la crónica, el generalizado tono de austeridad de las obras consultadas, con excepción de la de Ambrosio. Lo mismo puede decirse de las descripciones físicas de Ricardo, exceptuando algunas indicaciones reiterativas de Newburgh: tampoco observamos ningún detalle en concreto, ningún colorido; el calor, la tempestad, los festines, los paisajes foráneos, las ciudades de comarcas lejanas... no dan pie a ningún tipo de evocación. El estrépito de la llegada de la flota real suele ser descrito en alguna que otra ocasión, pero sólo los prodigios celestes suscitan la descripción meticulosa, no desprovista, entonces, de colorido. El silencio reviste la misma



importancia cuando lo tratado concierne a los sentimientos de los personajes o a su vida privada, lo que obliga al investigador a poner en práctica sus dotes detectivescas. Pero es muy posible que tanta parquedad se vea, en cierta manera, compensada por lo desmesurado de algunas descripciones de operaciones militares, particularmente en Coggeshall.

Apuntemos, finalmente, que tanto el género en que se inscribe su obra como la extracción social de sus autores explican la ausencia casi total de la participación del pueblo y la escasez de pasajes que evoquen una realidad distinta a la de los grandes personajes a cuyo alrededor se va tejiendo la historia.

La situación de nuestros autores respecto a la autoridad real, su estatuto, podríamos decir, se encuentra comprendida entre la independencia absoluta y el cumplimiento de sus funciones oficiales en el inmediato entorno del soberano. Uno de ellos, Raúl de Diceto, es deán de la catedral de San Pablo, en Londres; otro, Ricardo de Devizes, se dedica a contar a su antiguo prior, retirado en una cartuja, los sucesos acaecidos en el reino; Guillermo de Newburgh es el canónigo de un monasterio, por lo que su obra puede inscribirse en la historiografía monástica; en general, podemos considerar a todos estos autores como extranjeros que se sustraen a la influencia de la corte. Lo que no es el caso de Roger de Hoveden y de Ricardo Fitz-Nigel, personajes importantes del séquito de los soberanos ingleses, fieles partidarios de Enrique II y de Ricardo, aunque en el caso del segundo debemos expresar nuestras reservas, siempre que él sea el autor de la crónica atribuida a Benito de Peterborough. Algunas narraciones, finalmente, nos llegan de un cortesano, Giraud de Barri, cuyos sentimientos hacia la familia Plantagenet marchan al ritmo de los tiempos y de sus frustradas ambiciones eclesiásticas o políticas. Pero, al margen de su dependencia o independencia respecto al poder real, todos son ingleses, por lo que, a pesar de las críticas que puedan formular a su persona, están muy orgullosos de su rey por el mero hecho de serlo, lo que hace que la actitud apologética se encuentre presente todo el tiempo en sus crónicas.

Como veremos en las páginas que se refieren a la situación geopolítica comprendida entre los años 1189 y 1199, y que apa-

recen en apéndice, ni siquiera las hazañas más celebradas de Ricardo Corazón de León se hallaban al amparo de cualquier reproche. Es cierto que se cubrió de gloria durante su expedición a Tierra Santa, pero también lo es que aprovechó la ocasión para arreglar en Sicilia sus propios asuntos y que conquistó Chipre sin necesidad. ¿Hasta dónde llega su responsabilidad en el abandono de Felipe Augusto? ¿Y en la muerte del marqués de Montferrat? ¿Y en la masacre de dos mil rehenes paganos? ¿Por qué no tomó Jerusalén? ¿Por qué se avino a firmar una tregua? ¿Acaso era éste un final brillante para él? ¿Por qué no fue en persona a rezar a la tumba de Jesucristo, como lo exigía su voto de cruzado? Su negativa a aceptar las propuestas de rendición amistosa hechas por las ciudades sitiadas, Acre en primer lugar y, después, Jerusalén, ¿es, acaso, la negativa de un cristiano que no puede aceptar ninguna solución de compromiso con los paganos? Su repugnancia a aceptar el proyecto de tregua elaborado por Saladino abona esta teoría, a menos que se trate de una clara expresión de su orgullo de guerrero, que ansía una victoria total; o, quizá, del resultado de los cálculos que se hace un conquistador, que espera sacar mayor botín de una plaza tomada por asalto que de una ciudad que propone condiciones de paz. A todas estas preguntas, y a muchas otras que podrían surgir, responden implícitamente los sucesos que ilustran la perfidia del rey de Francia, la villanía del emperador de Chipre o la deslealtad de los sarracenos, que no respetan los términos del tratado y que no entregan ni la Vera Cruz ni los cautivos cristianos, y que, al margen del tratado, se tragan todas sus monedas de oro, privando así al rey de un cuantioso botín. Estas explicaciones que se sugieren no figuran en ninguna de las crónicas citadas, sino que aparecen dispersas, aquí y allá, citadas por éste o aquél; pero, cuando no existe razón alguna para justificar el avance, entonces la gloria militar sirve de excusa y lo justifica todo.

El conocimiento que nuestros cronistas tienen de los acontecimientos que están narrando presenta la misma diversidad que su situación personal. Roger de Hoveden y el autor de la obra atribuida a Benito de Peterborough se han visto mezclados en la vida política de su tiempo, al igual que Giraud de Barri. Raúl de

Diceto se encuentra informado gracias a testigos directos y posee numerosos documentos. Coggeshall cita, sin empacho alguno, a testigos oculares, lo que, dada su afición a la desmesura, hace que dudemos de la credibilidad de los testigos o de la manera en que utiliza sus testimonios. Las fuentes de Devizes permanecen desconocidas, lo que no es óbice para que sea él, precisamente, quien ofrezca las descripciones más elaboradas... Dada su situación, es muy posible que Guillermo de Newburgh trabajase con fuentes de segunda mano, lo que no le impediría citar buen número de testimonios que le parecen dignos de confianza; su lejanía e independencia de la corte quizá puedan explicar que sus propósitos difieran de los demás cronistas: estamos inclinados a pensar que recoge el eco de lo que se dice al margen de la corte y de los comentarios de la opinión pública.

Todos estos cronistas ingleses escribían en latín, por lo que la lectura de sus obras nos ilustra acerca de sus modelos, los historiadores latinos clásicos. Todos adoptan, al seguirlos, de manera más o menos estricta, el método de los anales, o sea la narración, año tras año, de todos los sucesos que acontecen en la parte del mundo cuya historia desean contar.

Dado que la unidad de lugar se halla totalmente ausente, la cronología es el único hilo conductor, lo que trae aparejada la completa carencia de unidad temática: los acontecimientos que atañen a un mismo caso se hallan dispersos y aparecen por sí mismos, sin que se haga referencia a los que los precedieron o a los que los seguirán.

Paralelamente, en el plano formal, la crónica se caracteriza por la frecuencia de las indicaciones temporales: la expresión precisa de la fecha (según el calendario romano, en relación con el santo del día, o referida a la enumeración cristiana de las «festividades»), o indicaciones temporales como «el mismo día», «poco después» (nunca se da «antes»), «mientras tanto», o «durante tanto». También se observa la presencia, al final del resumen de cada año, de un catálogo de sucesos menores que no tienen otra relación entre sí que la de haberse producido durante el año en cuestión.

Los textos con que al final nos hemos quedado para efectuar su traducción poseen todas las características de los sucesos, o de los acontecimientos fuera de lo común, con los que se construye la figura del héroe. Es de todo punto evidente que entre tanto entramado de intrigas y guerras incesantes no conseguimos encontrar el personaje legendario que buscábamos, sino solamente en los episodios que conciernen al destino del héroe: el ascenso al poder, sus hazañas, la época de la cruzada, sus pruebas, la cautividad, su muerte. El conjunto de todos estos textos reconstruye la historia de Ricardo, héroe legendario, ya que nunca hemos intentado comportarnos como historiadores; desde este punto de vista, la historia que proponemos, como ya hemos apuntado, es incompleta, pues no menciona la actividad política de Ricardo en Inglaterra, antes y después de la cruzada, sus conflictos con su hermano, con Felipe Augusto, con los barones que intentaban escapar de su control; ni todas las intrigas que se desarrollan en sus dominios y en toda Europa. Cuando hemos hecho alusión a ello, ha sido, casi, fuera de contexto histórico, y solamente para poner énfasis en alguno de los rasgos de su carácter o en alguno de los comportamientos que caracterizan a nuestro héroe. Tampoco hemos querido hacer una lectura crítica de los cronistas citados.

Hemos extraído de sus obras, con intención de traducirlos, los pasajes que mejor resaltaban los rasgos y proezas de Ricardo; pero nunca hemos intentado construir un retrato contradictorio enfrentando las imágenes que los cronistas ingleses dan de su rey con las que habrían podido ofrecer los historiógrafos de sus adversarios.

En la primera parte ofrecemos textos que cuentan la vida de Ricardo siguiendo un orden cronológico; en cada uno de estos episodios no citamos *in extenso* todos los textos de nuestro equipo de cronistas, por ser muy repetitivos. Digamos que hemos elegido el reconstruir, a partir de estos textos, una trama de la vida del rey de Inglaterra tal y como se cuenta a través de sus obras, tomando de ellas las narraciones más pintorescas, más detalladas, mejor construidas y más llenas de vida. Dada la diversidad de origen de estos textos, en cada capítulo hemos in-

tentado reconstruir una unidad narrativa, colocando a guisa de notas los textos que podían resultar parcialmente redundantes, pero que aportan elementos de interés. Por otra parte, el cronista Ambrosio resulta citado al final del capítulo, siempre que su narración de los hechos difiera sensiblemente, por la forma o por el fondo, de la versión ofrecida por los cronistas ingleses.

En la segunda parte, siguiendo los testimonios de todos los cronistas, presentamos los retratos de los protagonistas: el propio Ricardo, sus allegados, sus amigos, sus adversarios, sus enemigos, ofreciendo los escasos textos que evocan tanto la vida que se desarrolla en Inglaterra como la que llevan los reyes o los personajes importantes.